

Con esa premisa como fundamento de rigor en su disciplina de artista, aunada a su sensibilidad de científico, aplicó todo su conocimiento para develar esa magnífica entelequia: la inexplorada música prehispánica, acerca de la cual planteó las más ricas y excitantes hipótesis que provocan múltiples imágenes llenas del esplendor de lo que fue o pudo ser ese silbar de viento, aquella fragilidad sonora del choque de los yelmos y armaduras, que desapareció bajo las prohibiciones de los inquisidores.

Hombre de apariencia física llamativa, alcanzaba el metro noventa de estatura; en su juventud fue boxeador en el equipo de la escuela, y era una persona verdaderamente admirable, sumamente modesto y magnánimo.

Se inició en la pasión por la música desde niño, tocando un violín que confeccionó con una caja de puros y cuerdas de alambre, lo que le valió que un grupo de mujeres de Ciudad Juárez abriera una suscripción para enviarlo a estudiar “al otro lado”. Allí inició lo que llamaba su “afortunada vida de artista”.

Samuel Martí nació en mayo de 1906 —no hay precisión del día—, hijo de padres mexicanos que se trasladaron a El Paso, Texas. Luchó toda su vida por obtener la ciudadanía mexicana, toda su vida fue mexicano por convicción y no era necesario que ningún burócrata lo asentara en un papel, pero lo logró en 1973, dos años antes de su muerte.